



Antoni Munar, Àngels Fermoselle, Sebastián Oliver, Catalina Barceló, Marisa Goñi, Marco Táboas, Pere Joan Planas y Pedro Homar.



América Matas, Miquel Rullan, Vanessa Romero y Marga Amengual.



Tras el debate los asistentes pudieron compartir impresiones y degustar un cóctel en el Club Diario de Mallorca.



América Matas, Eduardo Gamero, Marisa Goñi, Catalina Barceló y Pere Joan Planas.

>>>

Araceli Bosch presentó a los participantes en la segunda mesa que se centraría en el punto de vista del residente: Àngels Fermoselle, vicepresidente de ARCA; Miguel Ángel Payeras, socio fundador de Deacorde, Pilar Domínguez, directora creativa de Mandarin Brand; Andreu Grimalt, director técnico de EAPN-Xarxa per la Inclusió; y Kiko Martorell, chef y propietario del restaurante Can Boqueta.

La primera en compartir su sentir como ciudadana fue Àngels Fermoselle que subrayó la «sensación de abuso y se sentirse extranjera en nuestra ciudad» e introdujo un concepto que se considera tabú: poner límites. Así mismo afeó a los empresarios hoteleros que «no inviertan en nuestro patrimonio cuando los turistas vienen a Mallorca por nuestros valores paisajísticos y patrimoniales». Por su parte Payeras, quien acuñó el término «residentofílico», quiso cambiar el foco de la negatividad: «Lo que quiero es sentirme libre en mi propia isla a la hora de coger el autobús, de ir a Formentor o al Caló des Moro». Pilar Domínguez aportó un análisis complementario: «el pacto social alrededor del turismo se ha roto y resulta curioso que



El público siguiendo las intervenciones de los ponentes en el Club Diario de Mallorca.

se ponga la relevancia en la reacción de los residentes y no en el modelo turístico que ha generado esta situación».

Andreu Grimalt también coincidió en la necesidad de poner límites y criticó que se criminalice a las personas que sienten que el beneficio que aporta el turismo no es tanto como para soportar sus aspectos negativos. «Se están sobrepasando nuestros límites demográficos, naturales y sociales. Y en la mesa anterior se ha hablado de poner al residente en

el centro, pero no ha habido ninguna propuesta». Para Kiko Martorell hay un problema de masificación del que no se puede culpar a los hoteleros ni a los trabajadores. Apuntó a la crisis de la vivienda, pero también a la renuncia de la identidad propia que ha habido sobre todo en Palma.

Con todo, Bosch aportó un dato relevante y es que según una encuesta de la Agencia de Estrategia Turística de Balears, casi el 40% de los residentes se muestra abiertamente insatisfecho con el modelo

turístico actual. Pero ¿cuándo se produjo esa ruptura? Fermoselle afirmó que Balears ha pasado de estar en el top cinco de las comunidades con mayor capacidad económica de España a bajar al puesto 17. Emplazó a tomar medidas concretas que van de las normas estéticas para la ciudad a la inversión en cultura. «Cumulgo al cien por cien con la ecotasa», afirmó. En esto coincidió Payeras: «Toda ciudad turística la tiene». Al mismo tiempo se preguntó por el impacto económico

real del turismo en el residente y puso sobre la mesa el grave problema de la vivienda.

Andreu Grimalt se preguntó cómo es posible que con un paro técnico haya 200.000 personas en riesgo de pobreza y denunció que cada vez más personas con trabajo, hasta un 14%, son pobres. «Todos hemos visto los asentamientos de infraviviendas que han proliferado» y en los que viven muchas personas trabajadoras «condenadas por el sistema turístico a vivir en tiendas de campaña o en caravanas». Martorell apuntó que «lo que pensaba que nunca llegaría a Mallorca ha llegado», refiriéndose a la pobreza. «Debemos educar para que haya más diversificación».

Pilar Domínguez señaló la diferencia entre la imagen que se da de Mallorca y la realidad que viven sus residentes: «Tenemos la suerte de vivir en un paraíso, se ha hecho un buen trabajo de promoción turística y viene mucha gente. Y el relato que se vende hacia afuera de lo que es Mallorca es fantástico, pero la narrativa interna del residente no coincide con eso. Los alquileres cada vez son más altos, los sueldos cada vez van más bajos y las infraestructuras están colapsadas. Es la muerte de la gallina», resumió.